

CALVO SERER: "EL PROXIMO JEFE DE GOBIERNO DEBERIA SER UN GENERAL"

Con la detención de Rafael Calvo Serer a su llegada al aeropuerto de Barajas, después de cinco años de exilio, y su posterior traslado a la prisión de Carabanchel, se escribe el último capítulo —por ahora— del forcejeo entre el primer Gobierno de la Monarquía y la oposición coordinada. Escasas fechas antes de su regreso nuestro redactor José Antonio Muñoz Atienza mantenía en Méjico una larga conversación con el señor Calvo Serer. La excepcional actualidad de sus declaraciones es parte fundamental de nuestra crónica.

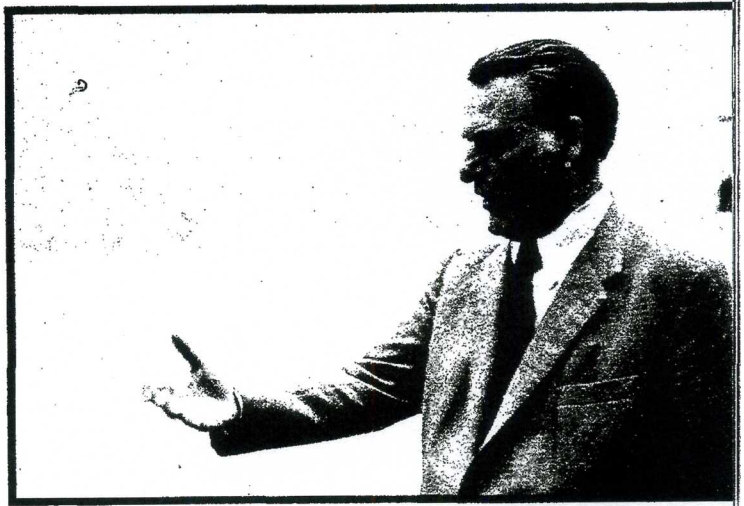
DEL EXILIO A LA PRISION

EL ministro Fraga había asegurado a sus comensales la noche anterior que el señor Calvo Serer estaría en libertad provisional a mediodía del viernes; pero el mediodía del viernes, Rafael Calvo Serer ingresaba en la prisión de Carabanchel en cumplimiento de la orden dictada por el Tribunal de Orden Público como consecuencia de una resolución, vigente desde diciembre del 71, en que se le procesaba por «perjudicar el crédito o la autoridad del Estado» en un artículo publicado en «Le Monde» el 11 de noviembre del mismo año, bajo el título: «El Gobierno de Madrid, contra las libertades: Yo también acuso». Para el abogado del señor Calvo Serer, aquel artículo puede tener hoy el interés de la firma y de su estilo, pero su contenido no justifica ningún escándalo. En su día, cuando estaba sentenciado a muerte el diario «Madrid», el artículo en cuestión revistió carácter de «affaire» y sus copias circularon por todas las Redacciones. El vespertino «Pueblo», después de recordar una vez más el «strip-tease» político del catedrático exiliado y de afirmar que el asunto del diario «Madrid» no tenía importancia nacional, terminaba sentenciando en su editorial al autor del artículo: «Ni salió su sistema político ni su monarquía en 1966. Tampoco ha salido su periódico. Pensamos, en realidad, que está muy bien en París» (Pueblo, 13-XI-1971).

Pero han pasado cinco años de exilio y don Rafael pensó que ya no estaba bien en París y que «debía incorporarse a la sociedad española como

un miembro más del Grupo Independiente, dentro de Coordinación Democrática» —afirmaba don José Joaquín Díaz de Aguilar en la rueda de Prensa—, «porque Rafael no ha vuelto por una estrategia política, sino como consecuencia de su actitud ética y por si su actuación pudiera servir para que el todavía detenido Antonio García Trevijano pudiera recibir un trato procesal idéntico al de sus compañeros que hoy ya disfrutan de libertad».

El señor Aguilar y el también letrado señor Zubía aseguraron que el trato recibido por el detenido en las dependencias de la D.G.S. y en la Comisaría del aeropuerto había sido «versallesco»; que se le había ofrecido la oportunidad de regresar a París en el mismo avión, pero que Calvo Serer había decidido quedarse; que fue trasladado en automóvil, no en coche celular; que pudo mantener con sus familiares y amigos una velada hasta las dos de la madrugada y que pasó la noche en las dependencias altas de la D.G.S., en una cama plegable. A preguntas de ByN, los letrados calcularon que la aplicación del indulto podría beneficiarle en tres años, de confirmarse la condena de siete que se le pide en el procesamiento, y que estas medidas no encontraban relación con los propósitos democratizadores anunciados por el Monarca en su reciente viaje a los Estados Unidos. Recordaron a este respecto que el señor Calvo Serer, preceptor del entonces Príncipe, había acompañado a la pareja real en su viaje de bodas y les había servido de introductor en los medios políticos norteamericanos.



«YO no diría que fui una figura clave en la creación de la Junta Democrática, sino, más exactamente, uno de sus fundadores en la primavera del setenta y cuatro, en París.» Le he encontrado en el bar del hotel Camino Real, el más lujoso de la capital azteca. Ha venido a Méjico aceptando la invitación del Partido Revolucionario Institucional, que celebra las jornadas socialdemócratas. Están aquí —invitados por el presidente Echeverría— los participantes en la «cumbre» de Caracas: Kreisky, jefe del Gobierno austriaco; Joergensen, jefe del Gobierno danés; Soares; Brandt; Felipe González; Raúl Morodo y otros destacados líderes europeos y sudamericanos.

Rafael Calvo Serer, el antiguo director del diario «Madrid», ha llegado de Washington, donde conversó con senadores norteamericanos, a los que informó acerca de la situación en España.

Me indica que, ante la realidad del autoritarismo, «había que unir a todas las fuerzas democráticas, y esto es lo que quiso hacer la Junta Democrática». Considera que el Partido Comunista de España es sincero en sus reiteradas afirmaciones de aceptar las reglas del juego democrático.

«NO FUI IDEOLOGO DEL FRANQUISMO»

Momentos antes de nuestra conversación, el señor Calvo Serer muestra gran interés en saludar a Willy Brandt, que se encuentra en el «hall» del hotel. Nunca había hablado con el líder socialdemócrata alemán. Los periodistas españoles se lo presentamos. Un apretón de manos y un breve intercambio de saludos. Da la impre-

sión de que Brandt ni siquiera le conocía de oídas.

—Señor Calvo Serer, usted fue el ideólogo del franquismo que más influencia ejerció para que Don Juan Carlos de Borbón fuera el sucesor de Franco a través de la instauración de la Monarquía en España.

—No es exacto decir que yo fui un ideólogo del franquismo, aunque sé que se ha dicho algunas veces, porque yo tengo unas relaciones personales o políticas con Franco en 1945 por gozar de la confianza del Conde de Barcelona, y a este título yo tengo relaciones con Franco y con Carrero buscando una fórmula de compromiso para evitar el aislamiento internacional de España y la posible salida del Régimen. En esas circunstancias, pues, yo no colaboro con el régimen de Franco, sino que intervengo en unas negociaciones, en las que siempre he tenido la actitud política de lealtad al Conde de Barcelona. Durante un período que se extiende desde 1949, en el que llevo a cabo una labor literaria o de responsabilidad de dirección intelectual en organismos científicos o culturales, yo jamás he escrito nada en elogio personal de Franco, sino que siempre estuve defendiendo la fórmula, primero de la Monarquía tradicional, y después de la Monarquía constitucional. Durante ese período, en que yo intervengo en las negociaciones entre el Conde de Barcelona y Franco, hay un momento en el que veo claro que no hay solución inmediata, en gran parte, por el cambio de actitud de los Estados Unidos, que condujeron al pacto de 1953, y en esas circunstancias defiendiendo que el Príncipe Juan Carlos se eduque en España, precisamente para que estuviera presente la Monarquía; pero esto no sig-

nificó ninguna concesión a la ideología franquista. Siempre defendí la independencia de la Corona y esto me lleva al choque con Franco y con el Régimen en 1953, siendo destituido de mis cargos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Jamás tuve un puesto de tipo político.

EL PROBLEMA DEMOCRÁTICO

Y luego añade: «El problema político se plantea en 1957, cuando el Príncipe termina los estudios del bachillerato y tiene que pasar a las Academias Militares. La posición que yo sostengo entonces es que el Príncipe tenía que estar en España como representante de su padre, a las órdenes directas de su padre, hecho que se mantiene hasta 1964. Hasta ese momento yo tengo también relaciones directas con el Príncipe Juan Carlos. Pero a partir de esa fecha comprendo que el peso de Franco es demasiado fuerte en el ambiente en el cual está actuando el Príncipe, y yo muestro mi discrepancia y ya no tengo ninguna responsabilidad en los acontecimientos siguientes».

A VUELTAS CON EL OPUS DEI

—¿Acepta usted la Monarquía de Juan Carlos?

—Desde 1965 pensé que ya no era válida la fórmula de la Monarquía tradicional, gran parte destinada a mantener una cierta relación con la legalidad para hacer posible una transición pacífica, y sostuve la fórmula de la Monarquía constitucional, pero naturalmente sobre la base del Conde de Barcelona, el heredero de Alfonso XIII.

En su opinión, el tema, considerado a la luz de las circunstancias actuales, consiste en legitimar democráticamente la Monarquía, porque «el Rey de España tiene que ser aceptado libremente por el pueblo español».

«No hay que presentar —añade— al pueblo español la Monarquía por razones de legitimidad histórica, sino que por las circunstancias españolas es el camino más fácil, más suave, para la democracia. Es decir, que la legitimidad democrática la puede obtener la Monarquía.»

—Todos sabemos que usted era un importante miembro del Opus Dei. ¿Sigue perteneciendo a la Obra?

—No es que yo haya sido nunca un socio importante del



Opus Dei; soy un socio del Opus Dei, como lo era antes y como lo soy desde 1936. Es decir, que mis actuaciones políticas son completamente independientes de la institución, porque, por principio, la Obra no interviene para nada en las actividades políticas y sociales de sus socios.

—Sin embargo, el Opus Dei ha sido protagonista de primera magnitud durante el régimen de Franco.

—Aquí ya estamos jugando con términos muy complejos. El Opus Dei tiene unas características determinadas de tipo espiritual. Sin embargo, algunos utilizan la palabra Opus para hablar de

otras cosas. Por eso, yo he querido utilizar el término «los tecnócratas». Entre los tecnócratas hay gente que es del Opus Dei y mucha gente que no es socio del Opus Dei. Que los tecnócratas se hayan prestado a hacer el juego a Franco, allá ellos con sus responsabilidades políticas! Ahora bien, la institución, que respeta la libertad de sus socios y que no puede tener ninguna actividad política, seguirá su vida al margen de los acontecimientos políticos futuros.

—Sin embargo, el Opus o los tecnócratas, como dice usted, fracasaron en su intento de integrar a España en el Mercado Común. ¿En qué

condiciones cree usted que la Europa Comunitaria aceptaría a la Monarquía de Juan Carlos?

LA INTEGRACION EN EUROPA

—Creo que esto ha quedado muy claro en reiteradas declaraciones de los organismos comunitarios. Todos han dicho que desean que España se integre en Europa, pero sobre la base de la aceptación de los principios del Tratado de Roma, y en ellos está bien claro que un país que quiere ser miembro de la Comunidad tiene que tener instituciones democráticas, con partidos políticos, libertades sindicales, libertad de expresión, libertad de representación, elecciones por sufragio universal directo y secreto. Mientras no se reúnan estos requisitos, España no puede ser miembro de la Europa comunitaria. Ahora bien, la Monarquía de Juan Carlos tendría que tener esas instituciones, y para tenerlas necesita que se celebre en España un plebiscito, que permita una Constitución con todas esas notas.

—¿Es usted partidario de que se inicie un período constituyente?

—Sin duda ninguna. Es necesario, por una razón: queremos estar en la Europa unida; en nuestra alianza con Estados Unidos lo dicen bien claro, quieren que estemos en la Europa unida. En Estados Unidos dicen lo mismo que en Europa; es decir, instituciones democráticas libres, y esto no se puede hacer más que con un período constituyente. Lo mismo que ha ocurrido en Portugal y en Grecia.

A continuación, el señor Calvo Serer me indica que estuvo presente en la reunión del Comité de Asuntos Exteriores del Senado norteamericano, durante la que se aprobó por once votos contra dos el tratado con España, pero con una condición: que nuestro país tenga instituciones libres, que se evolucione rápidamente hacia la democracia.

—Parece ser que un senador pidió «free institutions».

—En efecto, el senador Jacobo Javits, senador liberal del partido republicano, en una enmienda suya, precisó que no se dijera «democracia», sino «free institutions» (instituciones libres). Esta era la posición exacta del Senado, para que no dé lugar a equívoco alguno. Es decir, que la democracia «a la española», de la que habla Arias

OBRA Y MILAGROS DE DON RAFAEL

RAFUEL Calvo Serer, miembro numerario del Opus Dei, de los de antes de la guerra, catedrático de Historia Contemporánea, ideólogo tardío del franquismo, Premio Nacional «Francisco Franco» por su libro «España sin problemas» en 1949, miembro destacado del Consejo privado del Conde de Barcelona, preceptor del Príncipe, procesado en 1968 por el artículo «Retirarse a tiempo: no al general De Gaulle», último propietario del diario «Madrid», miembro fundador, junto con Santiago Carrillo, de la Junta Democrática de España el verano del 74, integrante hoy del Grupo Independiente dentro de Coordinación Democrática, es una de las biografías más agitadas de la historia reciente de nuestro país.

A pesar de las afirmaciones de su secretario y también catedrático don Juan Ferrando sobre la ausencia de zigzag en su vida pública, sus enemigos políticos estuvieron siempre preparados a la denuncia. Cuando el profesor soñaba, en el comienzo de los 50, con restaurar una nueva cristianidad por medio de una «internacional de las minorías», contrapuesta al auge de las masas proletarias, y advertía de la amenaza de destrucción del comunismo en el mismo momento en que se hablaba de la construcción de Europa, los primeros vigías del nacionalcatolicismo habían comenzado a bajar la guardia. Quince años más tarde su detención se incluye, en palabras de su abogado, dentro del proyecto del Gobierno de disuadir y dividir a la oposición.

CENAR CON LA OPOSICION

CENAR con la oposición se ha convertido en una nueva obligación de los ministros reformistas. Cuentan que don Juan March creía que todos los hombres se rendían al binomio «dineros o dineros»: almuerzos o dineros. Pero la fórmula se ha desgastado con el tiempo. Con los dineros todavía se pueden realizar sobornos o corruptelas. A base de comida, muy poca cosa. La oposición, de la índole que sea, no se compra con un plato de lentejas ni con una fuente de caviar.

La óptica de estas comidas de trabajo equivale a lo que sería una negociación en un salón de Parlamento. Los restaurantes son ahora el terreno neutral en el que toda representación política es legítima. Hay partidos e ideologías que no llegan a las Cortes. Pero pueden acceder en pie de igualdad al Horno de Santa Teresa o a Jockey. Esa es una de las incongruencias de nuestro país. La realidad de la calle no se corresponde con la realidad política. El lenguaje de los manteles no tiene correspondencia con el diálogo parlamentario.

De alguna manera, todas estas cenas han culminado en aparentes fracasos. Ni en los dos restaurantes citados, ni el chalet de El Viso donde se vieron Fraga y Felipe González, ni tampoco en el comedor del Urquijo donde Calvo Sotelo encontró a la oposición catalana se avanzó gran cosa. Quiero decir que no se establecieron pactos ni treguas. El problema de la convivencia española no se arregla con media docena de cenas bien administradas. Largos años de irracionalidad no se curan con el civilizado ejercicio de contrastar diferencias en una apacible velada en torno a una mesa de comedor. Pero siempre será mejor que los políticos se acerquen que no que se alejen, que cenar juntos que no que se odien, que se inviten a una comida antes de que pretendan exterminarse.

Se ha avanzado poco, quizá; pero han caído grandes castillos, recios obstáculos. Uno de los males de la vida española consiste en la incomunicación, en la unilateralidad

de los planteamientos políticos. Esta es una mala herida nacida en las cunetas de la guerra civil. Durante décadas, las posiciones se han mantenido reacios, incompatibles, radicalizadas. Ajenas a la lógica del compromiso. Situadas en la galaxia de la utopía. A la espera de que se pudiera mantener en pie algo que por fuerza tenía que acabar por caerse. A la espera de que la historia derribara no sólo

las estructuras inservibles, sino la propia dignidad y supervivencia de quienes las habían acatado o servido.

Lo importante, pues, a mi modo de ver no es tanto las conclusiones a las que se llegue en dichas cenas que nunca he confiado demasiado en los compromisos interferidos por la digestión, sino el hecho mismo de su existencia. Porque de alguna manera, al margen de programas y declaraciones más o menos destempladas, este tipo de acercamientos reitera la sensación de que cada parte necesita a la otra como complemento. Que sin contar con ella no se completa el mosaico de la realidad. Y que si se siguen haciendo ficciones políticas y construyendo castillos en España, tal como dicen los franceses, la cordura y la serenidad seguirán ausentes del suelo hispano.

En Barcelona, Calvo Sotelo y la oposición llegaron a la conclusión de que existen dos lógicas: la de la reforma y la de la ruptura. Dos lógicas que difieren por el origen y por los medios. Pero que de alguna manera coinciden en los fines. El propio Calvo Sotelo dejó escapar su subconsciente al aludir a una democracia sin adjetivos. Quiere decirse, pues, que de alguna manera las posiciones se aproximan. Quizá no se pactará la reforma ni la ruptura en una de estas cenas. Pero si se pacta la necesidad de asegurar el contenido pacífico del cambio y la voluntad de contribuir a él podríamos pensar que hay muchas cosas nuevas sobre la piel de España. Si no en los resultados, por lo menos en el menú de la buena voluntad.

Josep Meliá



Navarro, no cabe en la mentalidad de los senadores norteamericanos.

—¿Ruptura democrática o ruptura pactada?

—Prefiero llamarla ruptura negociada. El poder efectivo del país, que, no nos engañemos, lo tiene el Ejército, hoy en la disciplina del Jefe del Estado, puede negociar evidentemente con la oposición. Y la oposición ya se ha manifestado en la Coordinación Democrática y reiteradamente exige un período constituyente, con el establecimiento de todas las libertades públicas, y rechazando la reforma. No hay más salida que la ruptura negociada.

«UN GENERAL, JEFE DE GOBIERNO»

—Según su opinión, ¿cuál será el eje del gran partido socialista que se ve venir en el futuro democrático de España?

—Por el mismo hecho de la presencia aquí del P. S. O. E. junto a representantes del P. S. P., esto indica que hay unas relaciones evidentemente buenas entre estas dos formaciones socialistas. Me han llegado informaciones responsables de que hay un ambiente de fusión, de integración en el partido clásico —el Partido Socialista Obrero Español— de la formación de Enrique Tierno. Incluso yo he oído hablar de que Tierno Galván podría ser el presidente del Partido Socialista Obrero Español. La presencia aquí en Méjico de Kreisky, presidente de la Internacional Socialista, y de un socialdemócrata tan caracterizado como Willy Brandt indica que es un proceso que seguramente está en marcha. Por tanto, vamos a ver un gran Partido Socialista Obrero Español, que será tan importante como lo son los partidos socialistas de la Europa occidental.

—Parece ser que tiene usted previsto regresar en breve a España. ¿Es cierto?

—Sí, en efecto; estoy deseando volver de un momento a otro, porque creo que ha habido dos acontecimientos estos últimos días que terminan una etapa, al menos en mi actuación pública en el extranjero: uno es la aprobación del Tratado con Estados Unidos en el Senado, con lo que se ha despejado ya lo que España puede conseguir en la política internacional, y otro, las informaciones responsables de que Don Juan no renuncia a sus derechos. En ambos sentidos creo que empieza un período nuevo en la vida española, al que yo deseo integrarme y

servir a mi país en la medida que pueda.

—¿Cree usted que el Gobierno actual tiene mucha vida por delante?

—Todo parece indicar que tiene los días contados, porque claramente es un Gobierno dividido, con dos tendencias: una, inmovilista, y otra, reformadora. Por la tensión que existe entre las dos corrientes y la presión del país hacia la transformación democrática van a hacer anárquica la dirección continuista e inmovilista, hoy simbolizada en el Gobierno por Arias Navarro, que, por otra parte, es un franquista y, por tanto, un hombre del pasado, que no responde a las exigencias actuales de la vida política.

—¿Quién podría ser un jefe del Gobierno ideal para el proceso de transición hacia la democracia?

—Siendo así que el poder real, efectivo y decisivo, lo tiene el Ejército, creo que en estos momentos tiene que ser un general el que sea jefe del Gobierno en un período de transición, durante el cual se restablecerán todas las libertades públicas para que los políticos puedan darse a conocer.

—¿Quién podría ser ese militar? ¿No desea decir nombres?

—Sí. No tengo ningún inconveniente. Desde hace mucho tiempo siempre he oído hablar bien del teniente general Gutiérrez Mellado. Por alguna razón, todas las informaciones coinciden de que merece la confianza general. Por tanto, es probable que Gutiérrez Mellado pueda ser un día el presidente del Gobierno.

—¿Es usted optimista o pesimista?

—Yo no emplearía ni un término ni otro, sino que estoy a la expectativa. Necesito volver a España, porque hace cuatro años y medio que no he vuelto y quiero tomar un contacto directo con la realidad. He oído que hay unos cambios, pero hasta que no tenga un conocimiento directo de la situación no podré decir si soy optimista o pesimista.

—¿Cree que el «bunker» representa un grave problema?

—No lo creo. He oído decir a alguien que es un «bunker de papel». No tiene una fuerza propia y lo único que hace es aprovecharse del mantenimiento del «statu quo». Si el poder ejecutivo impone su autoridad, éste desaparece inmediatamente.

José A. Muñoz Atienza